

El presente trabajo es una reseña de un libro sobre el integrismo islamico para la asignatura de Hª Cont. De los Países Mediterráneos

Introducción

En el nombre de Dios es un excelente ensayo a cargo del catedrático Sami Naïr en el cual trata de exponer la crisis social y política que asola a Argelia. Expone toda una serie de reflexiones con relación al integrismo argelino y, en extensión, a todo el mundo arabo-musulman.

El prólogo de la obra ha sido realizado por el mismo autor. En él expone brevemente la situación actual de la nación argelina y los peligros que la acechan. Concibe su obra como un instrumento informativo para todos aquellos que tienen una visión excesivamente distorsionada de la realidad argelina, y propone soluciones a los problemas que la afectan, siempre basándose en el análisis de experiencias similares de países del entorno arabo-musulman.

Contenido

La obra se halla estructurada en tres partes diferenciadas. En la primera se hace un breve repaso a la historia reciente de la nación magrebí. A continuación se exponen los problemas que afectan actualmente al país; finalmente Naïr propone posibles vías con el fin de salir de la crisis.

La historia reciente de Argelia, que interesa al autor, se inicia en 1962, momento en que se consigue la independencia respecto a la metrópoli (Francia). En 1965 el ejército se hace con el control del gobierno mediante un golpe de Estado, con el objetivo de la construcción nacional. Las luchas por el control del poder provocaron la insurrección armada y los 30 años de gobierno de las elites, supervisado por la atenta mirada del ejército, se mantiene en nuestros días a pesar de la crisis de los 80 y el intento de *democratización* que de ella derivó. En 1991-92 se llevaron a cabo elecciones municipales y legislativas que el FIS ganaba ante la sorpresa del partido que se hallaba en el poder (FLN). Las elecciones fueron declaradas nulas y se repitió la situación de 1965. El ejército tomaba el control del Estado.

Los orígenes de la crisis se remontan a la construcción nacional llevada a cabo por el Estado a partir de 1965. El desarrollo argelino intentó emular el modelo soviético pero con algunas diferencias que lo hicieron fracasar. Así como la URSS exprimió a la agricultura para conseguir excedentes para financiar la industria pesada, Argelia dejó absolutamente de banda este sector y financió su desarrollo a partir de la renta generada por la venta del petróleo. Así la URSS basó su desarrollo en el trabajo de la masa social y, por el contrario, Argelia lo hizo con la venta del crudo sujeta a las fluctuaciones del mercado internacional.

El pueblo argelino se encontraba en una situación desesperada. Las clases dirigentes los habían apartado una vez conseguida la independencia. Pero, además, habían retirado su apoyo a su medio de subsistencia: el campo. La situación del pueblo fue empeorando. Las ciudades se llenaban de gentes sin trabajo que malvivían en los arrabales.

La crisis del petróleo –final de la década de los 70– tornó la situación todavía, si cabe, más crítica. La situación era incontrolable y el ejército-Estado tuvo que tomar una determinación.

El FIS supo aprovechar el descontento social para captar a sus votantes. La vuelta de lo religioso era un hecho. Los integristas proporcionaron algo a lo que agarrarse a unas gentes que habían tocado fondo. Esa fue la clave del triunfo del FIS.

El integrismo refleja un radical rechazo a todo lo occidental. Ese rechazo se remonta al período de la

colonización. El discurso republicano emancipador y racionalista –libertad, igualdad y fraternidad– perdía todo su sentido ante la práctica del colonizador.

El problema de Argelia es básicamente social. Las elites, el ejército, la tecnocracia... refuerzan cada día más sus privilegios. Por el contrario el pueblo es el que vive en sus carnes la miseria y el desprecio. El integrismo no es una salida a la crisis, porque, al igual que el ejército, no tiene un programa político, social y económico que pueda sacar al país de ese pozo sin fondo.

El autor propone tres vías posibles a la crisis argelina: la chilena, la iraní y la republicana. La primera de ellas supone proclamar el estado de sitio y proclamar una especie de dictadura a lo Pinochet apoyada por las clases más influyentes. La segunda supone que el ejército acepte la victoria del FIS, lo cual sumiría a Argelia en una revolución que costaría muchas vidas. Finalmente, la republicana supone que todas las partes se pongan de acuerdo –resulta muy complicado– y se inicie una verdadera democratización.

El integrismo es el problema más importante de los países musulmanes en este fin de siglo. Sí es cierto que existe la necesidad de acudir a la religión para no perder la identidad que ha puesto en peligro el período colonizador. Pero el rechazo irracional de cualquier elemento de carácter occidental es un grave error. La sociedad argelina debe crecer y formarse a partir de la fusión de sus tradiciones y los elementos positivos de los países occidentales.

El integrismo representa un peligro tan grande como el de los militares. Sus propuestas para solucionar problemas como la corrupción, el desarrollo económico y el conflicto social, son tanto o más peligrosas que los problemas en sí. La aplicación de la *sharia* –ley coránica– favorece el surgimiento del despotismo sangriento de los religiosos fanáticos, el desprecio por los derechos humanos y el terrorismo contra la mujer. La población se halla apresada por los integristas y el ejército. La única solución posible es que las instituciones se pongan de acuerdo para proteger la democracia contra la violencia y la ideología única, contra la verdad sagrada o armada y contra la intolerancia y el despotismo religioso.

Valoración personal

Esta obra de Sami Naïr me parece una excelente reflexión sobre los problemas que asolan a Argelia y en extensión a los países arabo–musulmanes

Es cierto que textos divulgativos como este son necesarios para que la mayoría de la opinión pública occidental cambie su concepción respecto a la realidad de los países arabo–musulmanes. La visión de estas sociedades como mundos aparte, repletos de infieles y fanáticos religiosos que no han sabido conducir sus destinos tras la descolonización es muy generalizada. Esta concepción debe cambiar para que la solidaridad hacia estos pueblos no sea un mero gesto de buena voluntad por parte de las naciones occidentales, y que sea la propia sociedad, la gente de a pie, la que encabece las iniciativas para la modernización e integración de estos países en el contexto internacional.

Hasta cierto punto esto parece una utopía. Para los países de la ribera norte del mediterráneo –Francia, España e Italia– el integrismo supone una grave amenaza. Por el contrario, naciones más alejadas de los límites integristas –Inglaterra, Estados Unidos y Alemania– apoyan al FIS porque *el islamismo es una fuerza de estabilización conservadora y a la vez de regresión cultural que hace a sus sociedades dependientes científica y técnicamente de las potencias más avanzadas*. Estas actitudes reflejan un total desinterés respecto al problema social que sufren estos países y la amenaza que supone el integrismo para otros países occidentales. Todo ello en defensa de intereses exclusivamente económicos. Pero, ¿cómo va a importar a Estados Unidos la crisis social que vive Argelia, si muestran un total desinterés por sus propios problemas sociales? Cuando se reflexiona sobre este tipo de cuestiones, parece impensable que puedan existir salidas a los problemas que sufren la gran mayoría de estados independientes en el ámbito mundial.

El caso concreto de Argelia es una muestra de ello. Su situación geográfica para establecer relaciones comerciales con Europa es inmejorable. Disponen de una gran riqueza natural –destacando el petróleo– para potenciar su economía. Aún y así las clases dirigentes no han sabido –o querido– orientar estas constantes en beneficio de su propia nación.

NAÏR, Sami: *En el nombre de Dios*. Pág.92

NAÏR, SAMI:

En el nombre de Dios